

DISCIPLINA ESCOLAR

Cuando mi hijo mayor era de meses las vecinas del barrio — un barrio de gente artesana — en que vivíamos se extrañaban de lo limpia que llevaba la descubierta cabeza, sin costra alguna, y al decirles mi mujer que se la lavaba y peinaba le decían: «¿Peinarle? No se debe peinar a los niños pequeñitos hasta que se les cierran los huesos; no es bueno andarles con el peine en la mollera.» Y yo le decía a mi mujer que las vecinas tenían, a su modo, razón, pues si anduvieran con el peine en las cabezas de los niños, de sus propios hijos, a pesar del cariño maternal, podrían, por torpeza de mano, clavarles el peine en las fontanelas.

He recordado esto al ver cómo se las arregla el cuerpo de Seguridad con los estudiantes. Sí, se les debe peinar a éstos, pero no los de Seguridad, pues les meterán el peine por la mollera. Las cabezas de los estudiantes son bastante tiernas y las manos de los guardias bastante torpes. Aparte de que a un hombre ineducado a quien se le da inmunidad para servirse de la fuerza no sabe contenerse.

Desde luego es absurdo que se castiguen gritos, silbidos y eso que se llama insultos. Lo que dirigido a un particular sería una injuria, no lo es dirigido a un agente de la autoridad. Lo primero que hay que hacer con los guardias es rasparles de la escera esos prejuicios populares en España respecto al valor de ciertas expresiones. El que siga abrigando esas bárbaras ideas no puede ejercer agencia de autoridad. Y si del espíritu del pueblo no se puede quitar esa concepción, ni aun haciéndole el legrado de la matriz mental, hay que borrarla de los que han de guardar el orden.

Y por lo que hace concretamente a la disciplina escolar, ésta depende casi en absoluto de la disciplina de los maestros. Cuando se dice que la estudiantina está indisciplinada pensamos que es el magisterio, que es el profesorado el que lo está.

En las algaradas estudiantiles de estos días, de origen tan turbio y tan mezquino en Madrid, entraña, entre otras cosas, el que ya va avanzado noviembre y el deseo de anticipar las vacacio-

nes de Navidad. Deseo grande en los estudiantes, pero más grande aun en buen número de profesores.

Muchas veces he dicho que uno de los procedimientos más eficaces para evitar o amenguar las huelgas estudiantiles sería obligar a los profesores a que durante la huelga acudieran a sus clases y se estuviesen, con alumnos o sin ellos, en aquéllas todo el tiempo reglamentario, o las diesen por entero, y no de mentrijillas, aun con un solo alumno. Pero esto, de ser posible — que no lo es — tendría sus desigualdades. Yo, por ejemplo, que doy dos clases diarias, o sea dos horas al día de lección, me encerraría en mi cátedra, y, a no tener alumnos, me pondría a escribir artículos, ganando en esas dos horas bastante más que el sueldo diario que me da el Estado, mientras que otro no podría llevar allí su clientela ni despachar allí sus otros asuntos.

En estos últimos días de algarada he dado mis dos clases y las he dado con mis alumnos todos — que son muy pocos, pero esto no hace al caso, — y las he dado porque ellos saben que me gusta darlas y que no les agradezco el que falten a clase. Como saben que acaso sea yo el catedrático universitario de España que en treinta y un años ha faltado menos días a su clase.

La disciplina escolar es una consecuencia y nada más que una consecuencia de la disciplina profesoral. Como en todo. Como en el ejército. La indisciplina militar arranca de la indisciplina del mando, de sus desmandes o desmanes, y no pocas veces de la indisciplina del supremo mando, del mando del jefe supremo de los ejércitos de mar y tierra, del que manda irresponsablemente. Y todo mando del que manda irresponsablemente degenera fácilmente en desmán.

Del arranque de las algaradas estudiantiles de Madrid podríamos decir mucho. Por una parte un lamentable sentimiento de cine en admiración del Tercio y de los legionarios, acaso la creencia de que el tal Tercio hará innecesario el envío a Marruecos de soldados de cuota, y luego el señoritismo reaccionario que está corroyendo a una parte de la juventud. O mejor de la pollería bien. Porque en esta mocedad estudiantil de la Tras-Regencia — el actual reinado no es sino la continuación, agravada, de la Regencia — ¡hay cada brote! Y el período de la gran guerra de las naciones, estos ocho años que van desde 1914 acá,

han sido fatales para la educación de nuestra mocedad intelectual.

Están cobrando, además, una concepción cinematográfica de la vida. Y así se explica que Millán Astray, el despechugado, ese «héroe» de cine, haya podido ser una figura representativa para una parte de nuestra juventud. Que leería con fruición los relatos de las «hazañas» de los legionarios, esos relatos que devoraban las camareras. Las mismas que hubieran devorado a Mateu a raíz de la muerte de Dato, pero devorado como quien comulga con él.

Y todo ello delata una enfermedad peligrosa. La enfermedad que sume a los pueblos en la abyección de la servidumbre.

Miguel DE UNAMUNO.

